

LA BROMA.

Año I.

Periódico satírico y mordiente;
Saeta para sabios y estadistas;
Moscardon para malos publicistas,
Terror y espanto de la mala gente.

Lima, Enero 19 de 1878.

Publicación que sale puntualmente,
Con mas exactitud que usan los gringos,
Los sábados... ó hablando claramente....
Las vísperas de todos los domingos.

Num. 14.

La Broma.

¡Qué plagas!

Parece mentira, pero es verdad, que el calor tiene ya á los hombres medio bobos; y que hay algunos que van perdiendo hasta la facultad de pensar, y la cosa no es para ménos desde que si nos ponemos á pensar en todas las curiosidades que Dios nuestro Señor nos ha mandado, de poco tiempo á esta parte, para que sacudamos nuestra adormecida conciencia y nos acordemos de que si se nos ha dado dos patas es para que tengamos el gusto de estirar una el mejor día del año tendrémos que convencernos de que estamos en plena plaga ó plagas, puesto que pasan de una y llegan á mas de siete.

Sumen Ustedes. En primer lugar y por ser el mal mas fuerte, apunten la pobreza que cada día crece y se extiende como la grama en el campo y que, segun vamos viendo, no se remediará en muchos años mientras el gobierno no se convenza de que con paños de agua tibia no se curan las grandes enfermedades y que lo único posible es matar á esos zancudos y chupa-sangre que ejercen una pernicioso influencia y que á cambio de llenar mas sus bolsillos poco les importa que todos bramemos de miseria.

Añadan ustedes las colerinas y perniciosas que se cojen al voltear una esquina y las que se compran donde Broggi y donde Capella;

Item la *argolla*, que ha vuelto á presentarsenos y que, aunque ya rota, aprieta que es un gusto;

Item los nubarrones que se van aglomerando en la *atmósfera política* y que no muy tarde se han de resolver en truenos y rayos;

Item que la Honorable Municipalidad no hace sino estudiar el modo de aliviar nuestra situacion proyectando contribuciones de toda clase y colores;

Item, que los escándalos entre coroneles que se acusan reciprocamente y otros que son acusados por causas graves, nos hacen ver que la moralidad publica esta á punto de ir á curarse el cancer al Hospital de Santa Ana.

Item, y esta es la que se rie de todas, que estamos amenazados de la visita del sábio astrónomo que tiene el pesimo gusto de estar anunciando el fin del mundo. A mí me parece que de todas las sabidurías, la de peor especie es la del buho que, segun crónicas, donde chilla por la noche ha de ocurrir alguna calamidad. Bastantes causas de afliccion tenemos por acá, para que venga ese precursor de San Vicente, á tocarnos su chirimía. Ya se vé lo bonito que es que le repitan á uno todas las semanas que el día tantos tiene que morir como rata cojida en trampa de adobe, y ver á las mujeres y á los muchachos aflijidos y esperando, reloj en mano, el momento del tropezon universal.

Lo cierto es que si en mi mano estuviera y aún cuando se me tratara de enemigo de los sabios, yo

no permitiera la visita de ese profesor que viene sin duda á ponernos la boca amarga y á hacernos mas negra esta vida que ya hace tiempo perdió su color de rosas.

Es preciso que en el mundo haya hombres que enseñen á bailar monos y ratas y otros que se pudran los sesos dedicandose á las ciencias; pero maldita la falta que hacen los astrologos que, como el famoso Hernn, predijo en un pueblo de Alemania que el año pasado de 1873, en tal día había de llover en ese pueblo polvos de oro, por cuanto el sol, las estrellas, y la luna y los eclipses y etc., así lo hacían prever y resultó que el citado día llovió, pero no polvos de oro, sino gatitos vivos que con una voracidad extraordinaria devoraron á muchos niñitos.

Yo declaro pues á la faz del mundo que no quiero Falb: ¿y Ustedes?

M. A. Fuentes.

Ropa vieja.

Un título de Castilla.

(TRADICION.)

Ello es lo cierto que si me echara á averiguar el origen de muchos de los pergaminos de nobleza que, en este Perú, acordaron los monarcas de Castilla á sus leales vasallos, habria de sacar á plaza inmundicias de tamaña magnitud que obligaría al pulcro lector á taparse las narices con el pañuelo.

La casualidad puso, hace poco, entre mis manos el testamento de un conde ó marqués, que murió en el siglo anterior, y de él saco en limpio el siguiente extracto sobre los antecedentes de su señoría, á quien bautizaré con el nombre de Don Juan.

Juanito era en su mocedad un grandísimo calavera. Vino de Andalucía á Lima en busca de fortuna y, léjos de aspirar á encontrarla en el trabajo honrado, se dió al libertinaje y á vivir pegando hoy un petardo á éste y mañana al de mas allá.

Celebrábase una noche la novena de la virgen del Rosario, muy concurrida por la gente de tono, y á la puerta de la iglesia de Santo Domingo hallábanse varios mendigos poniendo á contribucion la caridad de los devotos. Entre ellos, el que mejor cosecha obtenia de *cuartillos*, y hasta de columnarias, era un ciego, y aquella noche había alcanzado á reunir en la escudilla hasta veintisiete reales, que no son un gorgojo. De repente un individuo, que pasaba por la puerta del templo, le arrebató el platillo, guardóse las monedas, y sin hacer caso de las protestas y gritos del ciego, continuó de prisa su camino y perdióse en la lóbrega calle de Aflijidos.

El ladrón era el tarambana de Don Juan.

Con los veintisiete reales del pordiosero dirigióse á una casa de juego y empezó á apuntar. Algunas horas despues había ganado hasta treinta

onzas, que le sirvieron para equiparse decentemente, hacerse poco á poco de relaciones entre la gente rica que, la verdad sea dicha, era en Lima muy dada á ver correr las muelas de Santa Apolonia. Decir noble, por supuesto con las excepciones de toda regla, era decir jugador; y aún el que esto escribe alcanzó á conocer un caballero de muchas campanillas que perdió en una *parada*, en *treses*, una casa-quinta y diez talegos de á mil con otros tantos esclavos. Calculen ustedes por ahí lo rumboso de aquellos jugadores.

Hasta las damas de la aristocrácia sacaban los pies del plato y tiraban á Jorge de la orejita. Basta recordar lo que fué Chorrillos hasta 1860. Allí no solo se descamisaban entre hombres, sino que muy lindas hijas de Eva tiraban *pinta* que era una maravilla y con mas desparpajo que militar en campaña.

Los veintisiete reales del mendigo tenían consigo la bendicion de Dios. Fueron como un amuleto para nuestro Don Juan; pues consiguió fijar la rueda de la fortuna.

En ménos de cinco años, no solo llegó á ser uno de los hombres acaudalados de Lima, sino que hasta compró título y la casa que fabricó en la calle de... (casi se me escapa!) era considerada como una de las mejores de la ciudad.

Distinguióse este señor, conde ó marqués, por su caridad para con los pobres; pues, léjos de imitar á otros cicateros que el día sábado compraban dos ó tres pesos de pan frio para repartirlos entre los mendigos que, por la mañana, invadían el patio de las casas de título, él distribuía semanalmente entre esos infelices la suma de cincuenta pesos en moneda menuda, amen de las limosnas que en mayor escala y privadamente hacia.

Fuese humildad ó cumplimiento de penitencia por el confesor impuesta, ello es que en una de las cláusulas de su testamento fundó capellanía para que perpetuamente se dijese, no recuerdo cuantas misas, por el alma del ciego de la puerta de Santo Domingo, apareciendo con puntos y comas referida la historia de los veintisiete reales.

RICARDO PALMA.

Una tarjeta de visita.

(TRADICION.)

Entre Don Sebastian de Aliaga, marqués de Celada de la Fuente, y su hermano Don Juan José de Aliaga, marqués de Fuente Hermosa, existía, allá por los años de 1815, grave desavenencia. Los hermanos no solo no se visitaban sino que aún, al encontrarse en la calle, esquivaban el saludo.

No era todo esto porque los Aliagas se odiasen, sino por complacer á sus respectivas consortes que, no sabemos porqué femeníl quisquilla, se profesaban mútua inquina.

El Don Sebastian, que á su título de marqués añadía el de conde de Lurigancho, desempeñaba

el empleo hereditario de contador de la real casa de Moneda. A las nueve de la mañana, despues del desayuno, subia al coche tirado por cuatro mulas, y encaminábase á la oficina donde permanecía hasta la una, hora en que terminaban las labores. Volvía á montar en su coche, apeábase en la puerta de un cajon de Rivera, donde ya lo esperaban los tertulios que eran personajes de la nobleza y frailes de campanillas, y pasábase allí hora y media de charla, amenizada con una tanda chaquete, juego de moda á la sazón. Tan luego como el esquiln de la Catedral empezaba á llamar á coro á los cánónigos, despedíase el conde de San Juan Lurigancho, y siempre en coche, regresaba á su casa situada en la calle de Palacio.

En 1815, su hermano, el marqués de Fuente-Hermosa, encontrábase de los hombres apurados, como se dice. Fra el caso que Don Pablo de Avellafuerte, caballero de mucho fuste, le habia pedido la mano de su hija Doña Rosa, y el señor Don Juan José no podia decidirse á otorgársela sin prévio acuerdo con su hermano Don Sebastian, que era el mayorazgo. La cuestion era de la mas grave que podia presentarse para un hidalgo de esos tiempos. No por el gusto de casar á la hija habia de entroncarse con quien los de su linage rechazaran.

El de Fuente-Hermosa no queria ir á la casa de la cuñada por evitarse la humillacion, segun él creia, de saludar á esta. Tampoco tenia voluntad para escribir á su hermano, porque el asunto no era para tratado por cartas. Decidióse, pues, á abordar á Don Sebastian en terreno neutral, y al efecto anduvo un dia paseando del Portal á la Rivera en acecho de momento oportuno para entrar en plática con el de Celada de la Fuente.

En el instante que este daba fin á su obligada tanda de chaquete, aparecióse Don Juan José.

—¡Salud caballeros! ¿Cómo estás, hermano?

—Así así, hermano.... algo achacosillo, contestó Don Sebastian.

—Pues con vénia de estos señores, continuó Don Juan José, vengo á consultarte si, como jefe de la familia, encuentras causa de oposicion para el matrimonio de tu sobrina Rosa con Avellafuerte.

—Hombre, me parece bien pensado que cases á la muchacha con Don Pablo. Es un caballero á las derechas y me congratulo de que entre en la familia.

—Pues entónces, hermano no hay mas que hablar. ¡A la paz de Dios, caballeros!

Dió el de Fuente-Hermosa la mano al mayorazgo, despedióse de los tertulios y salió del cajon de Rivera.

Don Sebastian quedóse cavilando en que la conducta de su hermano tenia mucho de altiva; pues no era en la calle, en casa de un estraño, en una tienda pública, en fin, donde debió buscarlo para hablarle de uno de esos asuntos de familia á que la gente de sangre azul daba tan subida importancia. Despues de cavilarlo mucho, resolvió el de Celada de la Fuente darle una leccioncita al de Fuente Hermosa y, montando en su coche, dirigióse á la casa de éste, que era la que forma el ángulo de las calles de San José y Santa Apolonia.

—Mi hermano ha debido buscarme en mi casa, murmuraba, y no en el cajon de Rivera. Con esta conducta ha querido darme á entender que me estoy encanallando. Ahora voy á chantarle unas cuatro frescas.

Al llegar á la casa preguntó por su amo al fámulo ó portero, y éste le dijo que don Juan José no vendría hasta la noche, pues estaba de convite donde Don Pablo Avellafuerte.

El mayorazgo de los Aliagas sacó del bolsillo de la casaca una tarjeta y escribió en ella con lápiz:

JOSÉ SEBASTIAN DE ALIAGA,
CAJONERO DE RIVERA,
HUMILDE CON LOS HUMILDES,
SOBERBIO CON LA SOBERBIA.

Tal fué la espiritual tarjeta de visita que el conde de Lurigancho dejó en casa de su atrabillario hermano.

RICARDO PALMA.

Lima, Enero de 1878.

Foro peruano.

Juicio de trigamia.

(Continuacion.)

DECRETO.

Lima, á doce de enero
De este año chapucero.—
Esta causa no es breva
Y admítase la prueba,
Para no dar gran campo á picardías,
Por unos quince dias.
Verémos cómo salen del aprieto.

DOCTOR LAMA.—Ante mí, *Benito Neto*.

NOTIFICACION.

En el mismo dia y mes
Fuí á casa de la Ganosa,
Y le apliqué la ventosa
Que corre á fojas mil tres.
Quedó impuesta del decreto,
Firmó por ella un bachicha.—
Humberto Coru Salchicha.—
Ante mí, *Benito Neto*.

OTRA.

Sin descansar un minuto,
Encaminéme al cuartel;
No encontrando al capitan
Su esquelita le dejé.
La recibió una rabona
Llamada María Isabel
Conjunta del cabo Quispe,
De todo lo cual doy fé.

OTRA.

La calle al recorrer de *Ya-pario*
Encontré al abogado Eloy Buxó.
Y como á la ocasion la pintan calva
«De que lo notifique no se salva.»
Dije entre mí—y le espeté el decreto.
Firmó en la pulperia.—Ante mí, *Neto*.

OTRA.

Fuí en seguida en busca de
Don Acisclo Villarán,
Que es en el presente juicio
Todo un Promotor fiscal.
Lo encontré en paños menores
Y me dijo:—«¿Qué amolar!
Yo soy un recién casado
Y mi tiempo no está tan
Ocioso para ocuparme
De juicio tan inmoral.
Vea usted al padre Pardini,
Y á mí déjeme usted en paz.»
Fuí entónces á San Francisco
Y á presencia del Guardian,
Notifiqué á fray Dionisio,
Pero no quiso firmar.

OTRA.

En la imprenta, en su escritorio,
Lo notifiqué al Brochero
Y me dijo el muy bellaco:
«No firmo porque no quiero.»
Llamé al administrador,
Leí en voz alta el decreto
Y lo hice firmar.—*P. Lira*.
Ante mí.—*Benito Neto*.

Variedades.

A falta de pan, buenas son tortas.

¿No conoceis, lectores, á D. Cerafino? ¡Cómo! Ese italiano bonachon y cargado de espaldas, con cada mano como una manopla y cada pié que pudiera servir de prensa litográfica?

Pues lo siento, porque él es precisamente el héroe de esta historia; pero, en fin, lo mismo dá. Con que os lo figureis con su cara frescota y bobonaza, su bigote ispido y su cabellera enmarañada, y evoqueis por un acto de voluntad el recuerdo ó reminiscencia que alguna vez os habrá dejado el olor del queso de Flandes depositado en la despensa al lado del bacalao y el kerosene, basta para que conozeais de vista y olfato al buen D. Cerafino que es por lo demás un excelente sugeto, partidario á puño cerrado de Garibaldi y diestro acordeonista.

Cerafino es mi grande amigote desde que en una ocasion tuve que tratar con él, por encargo de un amigo hacendado, una cuestion de menestras y alpiste que le salió muy cooveniente, por lo cual y en via de prima, no suelo pasar por su bodega sin que él me salga al encuentro para ofrecerme una copilla de bermuth ó un plato de tallarines con queso. Eso sí, me cuidó mucho de darle la mano, porque, al perderse entre las suyas, suele sufrir el tormento de un apretón que me hace hablar en *chino*. Evito así mismo el que me sorprenda de espaldas porque en la efusion de su afecto por mí, suele dejar caer su manaza sobre mi hombro y me obliga á ensayar una genuflexion de muy mal gusto.

Hacia algunos dias que no habia visto á mi hombre, cuando al doblar una esquina me sentí fuertemente asido por entrambos hombros y de manera que no podía mover los brazos. ¡Adios mis palomas! dije; esta debe ser cuestion de libertades públicas, y seguramente he caido en manos de algun feroz agente de la policia secreta.

Ya estaba yo imaginando algun dicho ó sentencia celebre para repetirlo dándome el aire de grande hombre mártir del despotismo, cuando despues de una carcajada que recorrió la escala cromática; oí estas y otras exclamaciones:

—¡Carisimo! ¡benisimo! ecelentísimo amico! Al fin ha sido *usté trovato*, *io* me alegro, por que hubiera *sentito* que no presenciara el *mio* casamiento.

—Hola! ¿Con que usted se casa? Lo celebro, pues, como Dios dijo: «No conviene que el hombre viva solo»; y aunque el refran agrega «que el buey suelto bien se lame», esta no es cuestion de bueyes ni viene al caso nombrarlos en tratándose de unas bodas. Reciba V. mi enhorabuena y...

—Ma...io espero que *ustet* no faltará siendo *amico* y nos acompañará á la parroquia, á las seis de la mañana del sábado.

—¡Canario! la hora es un poquillo inconvenien-

te; pero en siendo cosa de V... y ¿no pudiéramos variarla?

—Fructuosita dice que no quiere ruido y que es *mecor* cuando no hay gente, porque así no se le quedarán mirando á la cara.

—Con que se llama Fructuosa? Bonito nombre para una novia, por lo menos es de los que promete mucho para el porvenir. Iré, amigo Cerafino y desde ahora presente V. mis respetos á mi señora Fructuosita...

—Gracias, je...je...¿no faltar, eh? je...je...

Pues, señor, me iba yo diciendo ¿quién sera la Dalila que ha logrado dominar á este Sanson novísimo? Alguna *chinita* de colorcillo de canela, mas lista que una locomotora y con más ganchos que un juzgado de paz. En fin, la cosa no es difícil de saber, y de aquí al sabado no hay mas que dos dias.

II.

Tengo el honor, lectoras donosísimas, de presentaros á la estimable familia Repulguillos, y deseo que la trateis con toda confianza, lo mismo que si fuera yo mismo.

—Mucho gusto de conocer á UU. y ponerme á sus órdenes, etc. etc.

La familia Repulguillos está formada nada mas que por la mamá y dos hijas.

La señora, como los dismantelados salones de los antiguos castillos, aún conserva ciertos vestigios de belleza que tracienden á musgo. Debí ser en sus buenos tiempos lo que se llama una *limeña* de rumbo, que al asistir de saya y manto á la entrada de Santa Cruz ó al recibimiento de Gamarra, ponía á raya á los mancebos, dejándolos con una cuarta de narices con su sal y sus ocurrencias. Sus ojos que el tiempo despojó de su mejor adorno, las pestañas, consérvanse vivarachos y brillan cuando en la conversacion se mezclan reminiscencias de San Martín y de Bolívar; pero esa boca que sería divina en tiempos mas felices, es hoy una bolsa en cuyos pliegues superiores resalta un bigote mayúsculo. Esos cabellos que acaso arrancaron preciosas estrofas á Unanue y á Melgar y que muchos enamorados corazones guardarían con religioso cariño, hoy son manojos de huesos y de nervios que suenan al estrecharlos como los bolillos de una mesa de billar.

“Aprender flores de mí
Lo que va de ayer á hoy”....!

Solo ha quedado á doña Biviana espedita la lengua que aún suele esgrimir con donaire y se deja oír con gusto, salvo las ocasiones en que ha de hablar de sus antepasados y de los pergaminos de su familia, que entonces no hay quien la soporte, pues la ha cojido el demonio de la vanidad por el costado de la sangre azul y á su lado son gentes de poco mas ó menos todos nuestros nobles de bolsa, á quienes llama borriquillos cargados de plata.

A falta de otros teneres, finca la señora doña Biviana todo su orgullo en sus dos hijas Clitemnestra y Fructosa, ex-muchachas de opuesto carácter y tendencias distintas.

Clitemnestra había nacido hermosa; se crió mimada por la mamá, que se miraba en ella y por el papá que había sido un verdadero papa.....

En fuerza de llamarla bonita y de hacerla creer que era un prodigio, la hincharon de tal modo, que siempre miraba con el rabo del ojo, y plegando las narices como si oliera azofaifas. El diablo se encargó de castigar su orgullo haciendo que le cojera una menudísima viruela que la dejó lo mismo que un mapa-mundi llena la cara de ciudades, líneas de navegacion, rios y puertos mayores. Lloró á raudales sobre los restos de su belleza; pero no se humilló su soberbia, pues cambiando de rumbo, vistió el hábito de los Dolores, cinó la correa y tornóse austera, intolerante y beatona. Presidenta de varias sociedades piadosas, Secretaria de las Esclavas del Santísimo, Tesorera de las Cinco llagas, y actual mayordoma de la Virgen de la Consolacion y de Santa Rita, abogada de los imposibles, pasa sus dias en los templos y sus noches idem, cuando no remienda albas ó muda ribetes á las casullas y á los palios ó borda un ángulo para el señor de la Paciencia.

No hay para que decir que Clitemnestra es la eterna censora de su hermana, cuyos hábitos mundanos la obligan á duplicar las oraciones y á tener constantemente encendida la lamparilla de la Virgen de los Remedios. Predicaba aunque inutilmente, sobre la inestabilidad de las cosas humanas y se indigna y escandaliza al verla escotada y con mangote.

Por su parte Fructuosita es lo que podríamos llamar una jamona en ciernes. Se conoce que ha sido guapa y aún dá su gatazo sobre todo de noche. Es una belleza preterita en el fondo; pero con muchas buenas partes que la hacen apetecible. Sus ojos todavía son tiernos, aunque el afeite los ha puesto ligeramente encendidos; sus mejillas parecerían del todo frescas si dos patas de gallo que se dibujan en la juntura de los párpados no las ajaran un tanto cuanto. Su cabellera manifiesta que fué espléndida, pues al presente deja la raya demasiada abierta. Finalmente ese talle, que sería flexible como el junco, está hoy asaz gordote; la delicada barba que le agraciaba el rostro ya tiene ínfulas de señora papada, y ese abundoso y turjente seno ha pasado á la categoría de los que han menester de las barbas del corse y de otros utensilios para mantenerse firmes y en sus trece.

Todos aquellos mimos y monadas que serian adorables en la primavera y aún en el verano de la vida, tienen ahora en el otoño mucho de afectados y ridículos. Esos brinquito y movimientos de cabeza á compás, aquella inclinacion de cintura para lucir el acopio de bullones que forma un revuelto oleaje sobre su *polison* empingorotado, aquellas comedias que representa á menudo en las calles al encontrar á las conocidas sobre quienes se abalanza á estampar en su rostro sonoros besos que se repiten siempre que los dependientes ú horteras están en la puerta de las tiendas: todo en fin hace de la ex-joven Fructuosa un tipo que, no por ser tan comun en la sociedad, deja de ser curioso é interesante.

La historia de la juventud de esta pretérita beldad es la historia de todos los que en fuerza de su vanidad y de su orgullo se ha creído un prodigio, descuidando completamente su educacion, no dejando hablar jamás al espíritu, no fortificando su alma por el ejemplo y la práctica de la virtud é ignorando todo lo que no se refiere al arte del adorno y de la vulgar coquetería de los salones.

Fructosita decía haberse educado en el colegio de la señora..... N: hay que creerlo bajo su pa-

labra de honor. Lee pasablemente; toca el piano, canta tal cual aria en italiano, sabe decir *toilette, soirée, fashionable, arriere pensée, tour de force, tete á tete* y *allons*, conoce á Kangará, Ketí, Vermoult y otros caballos, flor y nata del *jockey club*; es enemiga de la bárbara diversion de los toros y de los mamarrachos de las tragedias y comedias, púes se deleita con las óperas líricas y delira por el *do de pecho*. Con esto y con añadir que conoce la última moda y sabe cuales son las mejores modistas de Lima, basta para extenderle las credenciales de bien educada conforme á las exigencias modernas.

A los diez y seis años ya sabía casi todo lo enumerado y no hay para que decir si ello sería suficiente para atraer á su lado una corte de adoradores acaramelados que la llenaba de floreos y de halagos. Pero ella pasaba erguida, á lo mas sonriendo como una reina que contempla y pasa revista á sus vasallos. En ese primer periodo de su vida contemplaba como diria Florentino Sanz:

..... “En su arrogante anhelo
Pobre dosel para su frente el cielo
Ruín pedestal para su planta el mundo.”

Crecieron con la edad sus encantos, creció el número de sus adoradores y creció su fatuidad y su orgullo. Algunas honradas almas habíanse impresionado; algunos estimables jóvenes habíanle llevado como ofrenda su corazon todo entero; pero la desdeñosa beldad lo habia devuelto siempre hecho pedazos. El hábito de la lisonja la habia hecho coqueta; el deseo de eclipsar á las demás atrayendose las miradas y las atenciones, la habia hecho estudiar sonrisas, insinuaciones, miradas provocativas y frases de doble sentido; y no trepidaba una vez empeñada la lucha en la eleccion de medios para salir triunfante. Los apretones de manos, los suspiros y palabras entrecortadas, las flores de su tocado entregadas misteriosamente y tal cual billete en contestacion á ciento, sin ofrecer nada, pero tambien sin desengañar del todo y dejando siempre un resquicio á la esperanza, tales eran sus armas, tal su táctica y diplomacia; solo que para sostenerla por mas tiempo eran menester mucho talento y discrecion debiendo al cabo llegar tarde ó temprano el dia del balance de las cuentas cuyo resultado es siempre desastroso.

Sin embargo el apogeo de Fructuosita fué largo, duró por diez años, cosa increíble atendida la veleidad del carácter de nuestros *dandis*.

Una noche de gran baile en casa de una señora de alta clase, Fructuosita habia agotado los recursos del adorno y de la compostura; blondas, perfumes, colorete, cosméticos, postizos, en fin, estaba brillante y lujosamente emperejilada, y al contemplarse en el espejo se decía:

—Hoy será la reina del salon y todos me obsequiarán á porfia. La orgullosa Irene verá si su amartelado Carlos me resiste.

Pero entró en el salon y recibió solo sonrisas afectadas, cumplimientos de oficio, frases de munion y sin calor y su corte, ántes tan numerosa y brillante, corría ahora en pos de otras dos bellas jóvenes que distribuían miradas llenas de intencion y coquetería.

La revelacion fué dolorosa, su aureola gloriosa comenzaba á eclipsarse; mas en su orgullo llamó estúpidos á los hombres y salió resuelta á cambiar de escenario.

Pero la desgracia es tenaz y no abandona tan fácilmente á su presa. Fructuosa no dominaba ya. Los jóvenes la llamaban con los mas duros

calificativos. Las palabras falsa, coqueta, sin co-razon, vana, orgullosa, se pronunciaban casi á sus oídos y solo tal cual mozo de trueno, tal cual solteron enemigo de la coyunda matrimonial, gustaba de *pasar el rato* á su lado poniendo á prueba su vanidad y sus pretensiones.

Fructuosa dejó las sociedades y las *soirées* en donde hubiese otros astrós capaces de oscurecerla. Redujo su círculo femenino á las de mayor edad que ella y ménos bellas y logró mantener por poco tiempo sus tertulias. El desierto comenzaba á amenazarla y ya su nombre servia para comprobacion de pasadas memorias.

Finalmente Fructuosa ha llegado á los 40 y ya no llama la atencion sino de los forasteros que la miran de reojo para exclamar: que buena moza seria en sus tiempos.

Conocida ya con tildes y señales la respetable familia Repulguillos, prosigo con mi cuento, que felizmente no será el de nunca acabar, porque precisamente el párrafo que sigue es el último.

III.

Era sabado y era invierno y eran las seis de la mañana. Mi sirviente á quien habian encargado que me despertase media hora ántes, me hizo abandonar el dulce calor de mi lecho á las cinco. Mitad rabiando, mitad halagándome, con la idea de conocer á esa beldad que entregaba su blanca mano á D. Cerafino, me vestí entre bostezo y bostezo, cada uno de á cuarta, y me eché fuera de mi casa arropado en mi gaban hasta las narices.

Seguí hácia la parroquia de los Huérfanos, donde habian detenidos dos carruages; pero la puerta del templo estaba cerrada. Pregunté á los cocheros y supe que ya los novios y la comitiva estaban dentro, pero que podia llamar porque se habia encargado al sacristan el abrirme.

Así lo hice en efecto y entré en el momento de la ceremonia nupcial. ¿Cuál no seria mi sorpresa, lectoras, cuando sobre las enormes manazas del buen Cerafinote veia puesta la delicada y diminuta mano de nuestra buena amiga Fructuosa, la desdeñosa de marras, la que habia contactado entre sus desairados solicitantes á un ministro extranero, á un gerente de banco, á un abogado de nota y hasta á un miembro de la Sociedad de Bellas Artes?

Mudo quedé de asombro al ver á la antigua Venus de Milo unida á Vulcano. Ella me sonrió como quien dice: comprendo tu asombro; pero te pido que lo guardes para ocasion mas oportuna.

La beata Clitemnestra llegóseme entónces y me dijo al oído:

—“*Vanitas, vanitatis et omnia vanitas*”; y mi señora doña Biviana me sacudió el brazo repitiendo: —No hay porque extrañarlo.—A FALTA DE PAN BUENAS SON TORTAS.”

JULIO L. JAIMES.

Perfiles.

I.

Las mujeres simpáticas.

Hijas de Eva conozco y usted tambien, lector mio, que prefieren pasar por brujas antes que por simpáticas.

Cuando una mujer es bella, todos dicen:—¿Quién? ¿Fulanita? ¡ Linda muchacha!

De otra se dice:—Viste con mas elegancia que una reina.

Por la de mas allá oímos repetir:— Tiene un talentazo que pasma.

Y hasta por la hija de espíritu del padre Gual se dice:—¡ Vaya una chica virtuosa!

Et sic de ceteris.

Pero lo que en una muchacha hace el mismo efecto que si la condenaran á vestir imágenes es que la llamen simpática.

Ser simpática es algo así como estar excomulgada.

Cuando de una mujer no se puede decir, sin quebrantar el octavo mandamiento, que es bonita, elegante ó espiritual, se dice:

—Fulanita! Bah! Es una criatura muy simpática.

Traducción libre:— Fulanita es fea como un berrueco, desgarbada como manga de parroquia ó tonta rematada.

Tienen razon las niñas á quienes la palabra *simpática* suena remalditísimamente mal.

Esa es una palabrita cortés que los pícaros hombres hemos inventado para mortificar á las mujeres poco favorecidas por la naturaleza.

Somos unos hipocritonazos los hombres. Jamas llamaremos al pan, pan; al vino, vino; ni á la fea, fea.

Para no llamar á las cosas por su nombre, siempre hablamos palabrita á mano.

II.

Los hombres que tienen cosas.

Mas que á ser ministro debe el hombre aspirar á *tener cosas*.

El hombre por quien se dice que *tiene cosas* ha puesto una pica en Flandes.

El que *tiene cosas* tiene patente para ser hasta maleriado.

Comete una grosería en sociedad y todos dicen:

—No haga usted caso ¡Cosas de fulano!

Lanza una pampirolada, y cuantos la oyen desfundan los dientes para reir, exclamando:

—Si este fulano tiene unas cosas de reventarlo!

Cuando un literato llega á *tener cosas*, debe engrirse mas que si lo hicieran anti-papa.

Mis amigos Fuentes y Simon Camacho, por ejemplo, han alcanzado la envidiable reputacion de *tener cosas*.

Cuando el primero publicó sus *Flores místicas*, hasta los satirizados en el librejo soltaban el trapo á reir diciendo:—¡Cosas del murciélago! qué diablo de hombre!

Cuando Nazareno, en uno de esos chispeantes artículos que solo él sabe escribir, nos hace colmulgar con ruedas de molino, todos esclaman:—¡Cosas de Simon!

Y la verdad es que no se siente uno con hígados para incomodarse con el escritor que *tiene cosas*.

Los gobiernos tambien se antojan de *tener cosas*; pero las cosas de los gobiernos son otra cosa.

Esas ni pizca de gracia hacen al país; no arrancan risas sino quejas ó maldiciones.

Y pongo punto. No sea que alguien sospeche que aludo al desbarajuste político y económico ó á la enguinfalgalfa de los presos de San Francisco de Paula, y como yo no gozo del privilegio de *tener cosas*...haga, quien lo puede, cosas que no están escritas con este inofensivo bromista.

RICARDO PALMA.

Mariquita Romero.

La historia de Mariquita Romero es muy corta; tiene de trájica, tiene de cómica y tiene de pícaro.

Mariquita era hija de un fabricante de baules; tenía quince años y el autor de baules y de sus días la obligó á que se casara con un viejo camastron, feo y puerco.

A la moza le supo el marido á leche vinagre sin miel y como ella habia tenido sus amores con un joven... ustedes dirán.

Al viejo le *salió un destino*, de guarda en un resguardo; ese resguardo estaba lejos de Lima y dejó á su mujer en la casa paterna, es decir en la fábrica de baules.

Naturalmente, como á toda mujer casada, le salió un baul.

El marido guardaba en el resguardo y nadie guardaba ni resguardaba á su mujer, que un día ó una noche se marchó con su baul.

Al baulero padre se le dió tanto del negocio como si se tratara de la persona mas indiferente del mundo. La baulerita escribía siempre á su esposo y le daba cuenta del progreso de aquel asunto.

Finalmente, llegó el momento en que la baulerita desocupara el baul y de resultas de esa operacion murió. Acabó la historia.

Pues señores, el guarda del resguardo recibió una relacion documentada de su desgracia; lloró, se puso luto y se consoló. (Historia antigua y moderna.)

Pero la baulerita estaba viva y efectiva y lo hecho en el caso fué que el sotá-marido, que era mas vivo que una candelilla, quiso verse libre del marido titular y le endilgó el autógrafo en que le daba cuenta de la supuesta catástrofe de la muerte.

Viendo que la cosa no habia tenido consecuencias y que el bonachon del marido habia tragado la píldora, alzó con la baulera y su cria á Trujillo en donde pasó una vida tranquila y virtuosa hasta que Dios lo llamó á su alta presencia.

La baulerita regresó á Lima, libre ya de sus dos maridos, y se dedicó á la profesion mas cómoda y luerativa que puede abrazar una jóven de tales antecedentes.

M. A. FUENTES.

Los flacos.

I.

No se alarmen VV. los que tienen pocas carnes.

Vamos á echar un conato de disertacion sobre los *flacos*; pero como hay *flaco* fisico, material, plástico, corpóreo... tangible; y *flaco* moral, psicológico, anímico ó espiritual, bueno será advertir que todas nuestras oraciones ván hoy á rezar con la segunda de esas especies de *flaco*. Mas claro; no vamos á ocuparnos de *flacuras*, sino de *flaquezas*.

Estoy convencido de que no voy á prestar gran servicio á la ciencia, con esta casi-monografía; pero si no puedo prestar un servicio gordo, me contentaré con hacer un *flaco* servicio á todos los que tienen *flaco*.

Flaco es, en la acepcion en que ahora nos conviene tomar este asunto, una aficion predominante; como quien dice, una monomanía; ¿y quién no tiene su monomanía, su aficion predominante, su *flaco*?

Si yo me propusiera convencer á VV. de que sé un poquito de Historia, desenvolveria aquí todo un caudal de excéntrica erudicion, que vendria

muy á pelo, en demostracion de que apénas ha habido hombre célebre ni mujer eminente, que no hayan tenido su respectivo *flaco*.

Desde la creacion del mundo, desde el mismísimo Paraiso terrenal, empiezan ya los *flacos* de la Humanidad... ¡y qué *flacos* tan gordos los de Adán, Caín, Salomón, David, Abigail, Agar, Noé, la señora de Lot y otras muchas personas de respeto, en aquella época de sobresaltos, en que no era la moralidad fruta abundante, á estar á lo que dicen, conformes y contestes, los pocos libros editados á la sazón!

II.

Cíteme V. un rey que no haya tenido su *flaco*... ó su *flaca*.

Los de España, que por ser mis paisanos me son mas conocidos que los de otra tierra, todos, totitos, han tenido su afición predominante.

Túbal, fué músico y cazador; Brigo tuvo el *flaco* de la colonizacion y envió vagos y conquistadores al Asia; Fago fué loco por el oro, por ese *vil metal* tan calumniado por los que ni de vista lo conocen; Gerion tuvo la monomanía de la sangre; Sicoro fué viajero de profesion; á Gargoris le dió por la miel y por eso le llaman *Melícola*; á Abidis, por las castañas (á este no le llama la Historia, *Castañícola*); el *flaco* de Ataulfo fué la hermosa Placidia, señora de muy buenas carnes segun mis noticias; Sigerico fué gran gine-te muy avaro... y cojo; es decir que el pobre caballero tenía dos *flacos* y medio; Teudiselo fué el regio iniciador de la gula entre los godos; almorzaba un cabrito, comía un ternero al anochecer y á altas horas de la noche, se entretenía en tragar potes de leche con pan; Leovigildo fué un pisaverde, un *dandy*, un *gomoso*, como ahora se dice; le dió por los trapos elegantes y el muy coqueton no pensaba en otra cosa; Recesvinto fué el Falb de los ostrogodos; se pasaba los dias mirando al sol y las noches coqueteando con las estrellas, y no publicó ningun tratado, porque aún no se conocían esas sanguijuelas de la ciencia y de las letras que hoy denominamos Editores... (Supongo que Don Benito Gil no llevará á mala parte la observación.)

Pero ¿para qué hemos de proseguir buscando los *flacos* de caudillos, reyes y princesas?

Descendamos un poco, *s'il vous plait*, y hagamos lo mismo si *ne vous plait...pas*.

Plepa y nó floja suministraría yo á VV. continuando por el camino de las añejas historias.

III.

Los escritores, los políticos, los artistas, todo el mundo, tiene su *flaco*.

Zorrilla no puede escribir versos, si no está sentado frente á una pared blanca, sin papel, sin adornos, ni molduras que le distraigan. Larra tampoco escribía sin tener muchos libros y papeles revueltos; Lamartine quería siempre ver árboles y cuando hablaba con sus Editores, decía sonriendo:

—Tambien éstos son árboles... son *alcornoques*!

Conoce el Dr. Fuentes á un periodista, que no es célebre ni lo será probablemente, que no puede escribir sin morder el cabo de la pluma, hasta machucarlo y pulverizarlo. Pregúntenle VV. al oído el nombre de ese monomaniaco y soltarán la gran carcajada.

A Escrich le dá por lo caza; á Fernandez y Gonzalez, por los perros; á Lustonó, por las pipas de fumar (*cachimbas*); á Castelar, por las esculturas; á Ayala... por las carteras ministeria-

les; á Rubí, por los bastones bonitos; á Zumel por los juguetes de carton...y allá, en mi tierra, apenas hay literato, bohemio ó nó, pobre ó de camisa limpia, que no tenga su extravagancia conocida.

Los políticos tienen siempre el *flaco* de la popularidad; todos se creen sabios y salvadores; este es un *flaco* universal.

Los artistas... ¡Jesús! Vaya una tropa de monomaniacos!

Haga V. que un cómico vea una culebra y se niega á trabajar, y se descompone de una manera lamentable.

Limitándonos, para no ser difusos, á la actual compañía de zarzuela, que hace las delicias de los gallos de la vecindad, observen VV. bien; Sanchez Osorio tiene el *flaco* de no decir lo que los autores han escrito; cuando declama lo que contiene el libreto, á nadie hace reír; pero suelta alguna de sus *gracias*...y le aplauden!

Frias tiene el *flaco* de creerse tenor; la señora Segura tiene la manía de estar siempre de mal humor, como si la dolieran las muelas ó el Empresario no la pagase la quincena. Además, he reparado en esa excelente artista, otro *flaco* viejo, *crónico*, como quien dice.

Años hace que la ví (la oí) en una representación de la zarzuela *El Sargento Federico*; entón-ces decía la señora Segura, la palabra *ascendientes* en vez de *descendientes*; entónces reparé que decía *sustituir* por *sustituir*, *sinceramente* por *sinceramente*.

Pues bien; han trascurrido algunos años, desde entónces, hasta el mártis de la semana que hoy espira...Y qué? Se ha representado *El Sargento Federico*, quien, por un fenómeno inexplicable en la carrera de las armas, no ha ascendido ni siquiera á coronel! ¿Y qué? Ha cantado y declamado la señora Segura. ¿Y qué? Ha dicho *ascendientes* por *descendientes*; *sustituir* por *sustituir* y *sincero* por *sincero*. ¿Y qué? Que esos errores se llaman en el teatro...*culirios*. ¿Y qué?... Que los *culirios* merecen una indirecta de los cronistas, aunque éstos sean tan admiradores de los buenos artistas, como yo me complazco en declarar que lo soy de la señora Segura.

¿Y qué nos dice U. del Sr. Cuello? Tambien tiene su *flaco* ¡vaya si lo tiene! Canta llevando el compás con los bracitos y mirando al apuntador y abriendo las piernecitas, un poco mas de lo que debe abrirlas un Baron.

¿Y cuál le parece á U. el *flaco* de la Sra. Cuarenta? Tambien lo tiene, y aunque esa artista me gusta mucho en escena, se lo diré en confianza... Cuando pierde el apunte, declamando, hace un lío de palabras, tan confuso, tan revuelto, como los del Sr. Guido, cuando tiene la desgracia de no oír bien al de la concha.

Jarques tiene el *flaco* de tartamudear en todas las situaciones solemnes y en todas las transiciones. Por ejemplo, si tiene que decir... «¡No, no me maldigas!» dice muy aprisita... «No, no, no, no, no...me maldigas!» Si tiene que decir «¡Calla, Calla!» suelta una corriente que, si saliera acompañada de la sustancia anti-artística que representa, seria cosa de echar á correr; no se limita á decir «¡Calla, Calla, Calla!» sino que lanza una sarta de ¡¡Ca, ca, ca, ca, caaaaa...lla!! Este vicio escénico fué introducido en el Teatro Español por Carolina Civili, y tratándose de un actor tan inteligente y tan simpático como Jarques, no hay riesgo de que se enoje por mi leal advertencia.

Atilano, que es tambien muy discreto y que sa-

be lo que hace, tiene el *flaco* de cantar torciendo un tantico la boca: en cuanto la enderece... se le quitará el vicio y nada habrá que censurarle.

Aparte de eso y de que Vilanova tiene el *flaco* de *catalanizar* todos sus papeles, por castellanos que ellos sean y de que el coro tiene el de echar por donde puede, la Empresa tiene el *flaco* de querer agradar al público, dando zarzuelas nuevas. Que continúe así y no le escasearán los favorecedores.

¡Ah! se me olvidaba otro *flaco* del Teatro. A los *Caballeros* que están detras del mostrador en el cafetín, les ha dado por servir de mala gana á todo concurrente que tiene sed.

Yo pedí antenoche una *Carlota*; esperé diez minutos...nada! la Señorita *Carlota* no venía; esperé un cuarto de hora...tampoco!. Doña *Carlota* no parecía: trascurrió media hora, y al repetir yo: «¡Signore! ¡deme U. una *Carlota*!» me dieron unabebida que no podía llamarse *Carlota*, sino *Simplicia*...ó cosa así.

IV.

Si U. tiene el *flaco* de leer periódicos, perdonará seguramente las dimensiones de este boceto... ¿no es verdad?

¡Ah! sí...U. es muy bondadoso y como yo soy *flaco*, flaquísimo, no me dará U. el susto gordo de negarme su benevolencia: si tal hiciera cuán probado estaria aquello de que ¡¡al perro *flaco*, todas son pulgas!!

Eloy P. Buxó.

El Cuento de las uvas.

«Cualquier ley que se promulgue,
Al pez chico engulle el grande;
Siempre habrá Rey que me mande
Y Papa que me excomulgue»
(Breton de los Herreros).

I.

Allá en la finca de Don Bruno Gordo,
La mas rica en viñedo
Que habria desde Málaga á Toledo,
Trabajaba Canuto, el pobre sordo,
Emigrante de Cángas ó de Oviedo.
Y desde el alba hasta del sol la puesta,
Destripando terruños,
En dias de trabajo y aún de fiesta,
Ni descansaba para echar la siesta,
Con pico ó azadon, siempre entre puños.
De la primera cepa que dió fruto,
Resultó tan opimo
Y fué tal el esmero de Canuto,
Que diez libras y media, peso bruto,
Tenía el colosal primer racimo!
Seis racimos iguales juntar pudo,
Aunque penosamente;
Rindióle á veces el trabajo rudo
Y nunca dijo mas, que:—«¡Cómo sudo!
¡Venga otro buche de agua de la fuente!
Tengo mujer y á *mais*, dos criaturas;
Ya verán!...Si Don Bruno
Sabe pagar estas faenas duras,
¡Cien onzas mi mujer tendrá seguras,
Y los chicos, mil reales cada uno!»
—«Oh! prodigio! oh, asombro para el grémio!
—Con alegría extraña,
El patron exclamó.—Sin mas apremio,
De fijo me concede el primer premio
La Sociedad Vinícola de España.»
Y de júbilo tal en el trasporte,

Abandonó sus cubas;
Pidió al primer alcalde un pasaporte
Y de la finca se marchó á la córte,
Para exhibir las suculentas uvas.

II.

Casábase Fernando con Cristina,
La ambiciosa italiana
Que convirtió Madrid en una mina,
Y limpió con astucia peregrina
El Gran Museo de la córte hispana.
Don Bruno Gordo, que tenía un primo,
Edecán de Espartero,
Solicito buscó tan buen arrimo:
Fué á visitarle, le obsequió un racimo,
Y otros dos, para el ínclito guerrero.
Quedaban tres en firme retaguardia....
Es decir...de reserva,
Prontos para auxiliar á la vanguardia:
Convidió el General á la alta guardia
De gentil-hombres y demás caterva.
¡Qué algazara! qué aplausos! qué contento,
Reinó desde el instante
De llegar para postres el portento!
El primo de Don Bruno, en el momento
Subió de capitán á comandante.
¡La vanguardia dió golpe de estrategia!
Y el mejor de los primos,
Solemnemente en la reunion egrégia
Ofreció engalanar la mesa regia
Del banquete nupcial, con tres racimos!
El Presidente del Consejo, al punto,
Dió gracias...y el ascenso
Al edecán y general presunto;
Y el Rey, al informarse del asunto,
Habló á Cristina con placer inmenso,
Y revuelta también la Córte toda,
Con entusiastas mimos,
Parecía de júbilo beoda;
Y la prensa no hablaba de la boda
Sin hablar á la vez de los racimos.

III.

Pues señor; que Fernando y su consorte
Cambiáronse las arras;
Y que en el gran banquete de la Córte
Produjeron frenético trasporte
Aquellos tres fenómenos de marras.
Era día de gracia y besamanos,
Y el feliz cosechero,
Por conducto de varios cortesanos
Fué invitado á comer: los soberanos
Le armaron, á los postres, caballero.
¡Colgóse la Gran Cruz tras la bucólica!
¿Tuvo gracia la gracia?
La de Isabel la Augusta, la Católica:
Y aquella grey, como con harpa cólica
Cantó del labrador la aristocracia.
Un rey...de armas (1), heráldico famoso,
Inventó la novela
De hacer limpia la sangre del baboso,
Quien resultó heredero del glorioso
Monarca Don Ciruelo...ó Don Friela!
Quince días despues, el gordo Bruno,
No era ya Bruno á secas;
¡Conde de Cepa-real era el muy tuno!
Se convocó Asamblea y oportuno
Se exhibió candidato por Vallecas.
Su triunfo electoral fué un periquete...
¡El Rey tocó el registro!
En crisis llegó á estar el gabinete;

(1) *Rey de armas*, heráldico que examina ejecutorias de nobleza y dá patentes de sangre azul!

Se atracó el orador de pajarete
Y echó un discurso...y ascendió á ministro!
Lució coche, y cucarda refulgente
Y blason elegante;
Dió en hallarle talento mucha gente...
¡Y en su escudo, faltaba solamente
El rostro de un labriego agonizante!

IV.

Al pobre sordo, esclavo de la viña,
Bracero laborioso
Y avaro por su tierna *marusiña*,
¡Le dió una insolacion, cayó con tiña,
Y ni un medico ver quiso al leproso!
Un mayordomo expuso á Su Excelencia,
En postdata lacónica,
Que Canuto se hallaba...en pestilencia;
Que imploraba socorros y clemencia
Y era su enfermedad la tiña *crónica*.
La misiva llegó tan á destiempo
(¡Y llegó treinta veces!)
Siempre en crisis, motin ó contratiempo—
Que el Ministro anotó—¡No tengo tiempo
«Para ocuparme de esas...pequeñeces!»

V.

¡Murió el sordo! el ilota del viñedo;
Y entónces...¡duelo insano!
Llegó á pié ¡ochenta leguas! desde Oviedo,
La *Marusa* (1) infeliz, muerta de miedo,
Y con un huerfanito á cada mano!
Escribió el mayordomo; pidió ayuda
Al encumbrado Bruno;
Y éste anotó, con letra muy menuda
—«Qué le dén cinco pesos á la viuda
«Y á los chicos...¡un real á cada uno!»

VI.

Preclaro novelista; autor famoso,
Roschildt entre escritores;
Que vás en muelle coche, tan rumboso
Y véis crecer tu nombre de coloso,
Al calor de los públicos favores;
¿No tienes un socorro, aunque menguado,
Para quien *loco* llamas;
Para el que vive errante y desdichado;
Para el pobre discípulo ignorado
Que escribió tus novelas y tus dramas?
Mas no te asombren mi pobreza y luto...
¡Yo no extraño que subas,
Gracias, tal vez, á mi temprano fruto!
¡Yo moriré... lo mismo que Canuto!...
Explota tú las suculentas uvas!

ELOY P. BUXÓ.

Lima Enero 15 de 1878.

Metamorfosis de un ente.

Tercera.

La universidad de Lima
Abrió á Canuto las puertas;
Pero quedaron abiertas
Y pudo salir y entrar.
Salía cuando deseaba
Y entraba cuando queria,
Y lo poco que aprendia
Poco tardaba en gastar.

En lo que penso primero
Fué en *formarse todo un hombre*,
Buscó mas sonoro nombre
Que no tardó en encontrar.

(1) *Marusiña* ó *marusa* equivale á gallega.

Ya no es Bruto mi Canuto,
Se llama don Liberato:
Como es ente mentecato
La cosa no es de extrañar.

Estendió despues el modo
De dar á su *continente*
Una aptitud imponente
Y severa gravedad:

Nariz de *todo me hiede*,
Labio superior hinchado,
El ceño bien pronunciado,
Cierto aire de autoridad.

Era el *pieza* de una *pieza*:
Cuello engañado y cuerpo tieso,
Prototipo de camueso,
Estaca de muladar.

Era *pájaro de cuenta*
Y *pájaro* parecía;
El cuerdo al verlo reía
Y el bobo le alzaba altar.

La seriedad presuntuosa
Es ridiculo efectivo,
Y seguro distintivo
De ignorancia y vanidad.
Es máscara de los necios
La gravedad del jumento,
Y como luna de aumento
Dilata su vaciedad.

El hombre vano equivoca
La herradura con el clavo,
De peor instinto que el pavo
No acierta á mirarse el pié.

La vanidad, por sí sola,
Es ignorancia que ciega,
El necio á verse no llega,
Y allí teneis el por qué.

Estaba, pues, Liberato,
Tan ridiculo cual feo;
Un desertor de museo
O espantajo de maizal.

En la entrada de una casa
Exhibió su catadura,
Y al verlo una criatura
Gritó: ¡el *coco!* y le dió *mal*.

M. A. LAMA.

El niño Pepito.

Cualquiera que, cuarenta años há, hubiera pasado por la cocinería de la calle de las Cómodas y no hubiera visto sino el aspecto mugriento y asqueroso de esta tienda, no habría maliciado sin duda, que allí era por entónces, el lugar en donde se cenaba en Lima mejor y con mas comodidad pecuniaria.

Mamá Goya era una morena vieja, la que atada por el lazo de amores á Ño Toribio, tan negro como ella y tan entendido en el arte, habían establecido muchos años atrás, esta imponderable industria, recurso y solaz de pobres y badulaques.

No había mozo en la ciudad que no conociera la tienda de Mamá Goya, en donde por una peseta se daba toda amplitud á una cena del país; un real de mixtura en cuartos, compuesta de quinua, calabaza, frejoles y arroz, era plato de centro; medio de champuz de agrio en taza de caldo, dos panes pinganillas con su copita de puro completaban el asunto, y hombre feliz y á roncar.

La tienda tenía trastienda y en ella penetraban las personas que tenían algo que perder, á ser servidas por Ño Toribio, pues que Mama Goya atendía al despacho de las casas grandes y gente de plato y portavianda.

Si en nuestros felices tiempos tenemos cafes cantantes y *sandwich* cenante, en esos había algo parecido; y pipieza cómica desde las ocho de la noche, hora en que se abría la puerta hasta las once ó mas que terminaba el despacho; los actores no variaron en veinte años, y el público tenía siempre cosas nuevas que admirar. Mama Goya y Ño Toribio, que se decían la mar y morena ó el sol por salir, por la pérdida de la cuchara, por la rotura de un plato, ya que no siempre porque atendía en el despacho interior las exterioridades de una mulatilla acaramelada que acaramelaba al viejo que quería obsequiarla, y no dirémos que por esto le decía ella á él vela verde, pues que él no dejó encima de todos de apostrofarla con el de vela de la Candelaria, que no se que relacion tenga con la persona oscura.

Alli fué donde Pepito, el niño Pepito, á quien mis lectores no conocen, pero que yo les haré conocer, pues que bien lo merece, halló el teatro de su arrepentimiento. Pepito era un mozalvete de dos al cuarto, de familia decente, pero de aquellos que el diablo no tiene por donde desecharlos.

No había en ese tiempo jarana sin Pepito, ni Pepito sin jarana; así, que vivía de noche y dormía de día. La familia no tenía que hacer ya. Veinte y dos años de vida y un siglo de perdicion, era lo que humildemente llevaba Pepito do quier que fuera; ya había corrido mas mundo que demonio, y mas carne que mundo y demonio: era lo que se puede llamar un calavera en toda regla, pues este Pepito era uno de los abonados á la cocinería de Mama Goya.

Una de aquellas noches en que este buen ciudadano, soñoliento á causa de la mala noche anterior, apoyados los codos en la mugrienta mesa de pata de leon de la cocinería y sentado sobre una de las bancas, esperaba la cena; el rose de un almidonado vestido, lo hizo saltar.

Perro rastrero no equivoca huella. Una china, con todas las medidas de una estatua de caramelo, era lo que vió Pepito. El badajo del pecho le latió con fuerza; el olor del capuli le trastornó el sentido; el sueño huyó de él y el ojo adquirió la brillantez del soltero cazador.

Cenaron juntos, le tocó el pie, lo retiró la china, le dijo algo que no contestó, pero le pagó y fué admitido el obsequio.

Pero ¡ay mundo picaro! nadie admite dádivas sin maliciar que se retornan, ni siembra fruto donde no espera cosecha de favores.

La china admitió y se vió obligada á dejarse acompañar por el niño Pepito. Ño Toribio le dió la voz al salir con una limpiada de pecho que daba idea de que el viejo tenía sucia, sino la garganta, la conciencia de lances parecidos.

Subieron juntos el Puente Pepito y la china, mano á mano, ó codo á codo: era resuelto que este la acompañase hasta su casa y despues, despues veremos lo que pasó. De San Francisco á Santa Clara y de allí á las Carrozas, calle y calles pasaban y repasaban; pero mi Pepito no las tenía todas consigo, porque su práctica en este jenero de amores, le daba cierta natural desconfianza, mas, cuando la china no había sido muy clara en las señas de la casa.

—¿Cómo niña, por el Ojo de Galicia vive U.? le dijo Pepito.

—Casi casi, contestó la china. Ellos entraron á las Carrozas y alli quedaron tiempo suficiente para descansar.

El sábado siguiente, un joven pálido y casi agarrándose de las paredes, entra á la cocinería de la calle de las Cómodas: era el pobre Pepito victima de un mal raro. Una vez en su asiento de costumbre, contó á Mamá Goya y Ño Toribio su aventura, que segun memoria de vieja, era así.

Pepito y la China entraron á un cuarto en la calle de las Carrozas y una vez allí, le hizo la China darse un baño de los que refrescan á los mas ardientes, en el rio de dicha casa. Allí sintió Pepito la mayor contrariedad, pues que vió á la china mas de lo necesario y refrescó en el rio mas de lo conveniente; pero todo no fué agua de borrajas: á poco tiempo declaró la dama al varon, que ella era mujer de su marido y este no era otro que el carrozero. Pepito, medio turulato, sintió tal escosor en el cuerpo, como si lo hubieran metido entre la carroza; esto no fué todo: el marido no solo era carrozero, sino tambien un famoso caco y jefe de una pandilla. Esa noche habían desplumado á un Inglés y el robo debía ser cargado y pasado por las calles de Lima en la carroza, como vehículo mas seguro.

De la parroquia de San Sebastian y del cuarto de los muertos, debían sacarse las maletas y llevarse á la casa de la china como efectivamente sucedió.

No habrían trascurrido muchas horas, cuando el ruido sordo de las ruedas del carro anunció el bulto. La china hizo esconder á Pepito bajo un cajon de muerto que hacía el oficio de baul, por grande, y que se alquilaba en casos tales: aunque no tan cómodo, pasó algunas horas; pero el susto lo había puesto tamañito.

Entrando los hombres, el carrozero y las maletas, se repartieron el robo y mi Pepito veía aquello con el terror mas grande; allí él, bajo cajon, sinó encaneió, fué por que el cuerpo buscó otro desahogo.

Todo hubiera pasado bien, si una maldita petaca de cigarros no hubiera sido punto de cuestion para tres de los pillos, pues todos con las mas soeces razones, alegaban derecho á ella; la disputa pasó á riña, los puñales á jueces y ¡oh desgracia! Pepito no pudo contenerse: le brinca el cuerpo, se levanta con el cajon, los ladrones corren y él se escapa por el boqueron de la acéquia en calzoncillos.

A la vuelta de los ladrones y minuciosamente buscada la causa de la alarma, la china afirmó que era permiso de Dios, para partirse como hermanos y así lo creyeron.

Pepito pasó la pena negra, como se dice, pero fué el remedio para curar sus estravios.

Un lego, Juan de diano, ya viejo y virtuoso, á quien en Lima se le conocía por el padre Pepito, sacristan de dicho convento, no era otro que el niño de este nombre, al que como dicen las viejas, Dios le habló al oído y ya era tiempo, pues como dice el verso:

Que si blancas conoció
Tambien conoció morenas,
Y tomó el hábito negro
Sabiendo lo que es canela.

Kaleidoscopio.

En una fonda.

—¡Mozo!
—Señor.
—Un lomito con papas.
—A la minuta.
(Pasa una hora),
—Aquí está el lomito pedido.
—¡Puff! Qué mal olor ¡qué dureza!
—¡Mozo!
—¡Señor!
—Esta carne es de caballo...
—No señor, es de yegua.

El Director general de Estadística de la República, ha formado los cuadros de su persona que comprenden los siguientes datos:

CUADRO N.º 1.

Pelos blancos.....	10,000
id. blanqueando...	5,000
id. negros.....	100

Total de pelos... 15,100

Muelas superiores...	2
id. inferiores.....	5
id. ausentes.....	9

Total de muelas... 16

Las ausentes no están en servicio sino prófugas.

Ojos en buen estado....	1
id. en media opacidad	1

Total... 1½

Estómago de medio uso...	1
--------------------------	---

Total... ½

Callos en servicio activo....	3
-------------------------------	---

Total (en luces)... 200,000

CUADRO N.º 2.

Propiedades.

Urbanas.....	0
Rústicas.....	0
Industriales.....	0

Total.... 000

CUADRO N.º 3.

Rentas.

Sobre fondos del Estado.....	0
id. por interes de capitales....	0
id. por productos de industria.	0

Total... 000

CUADRO N.º 4.

Gravámenes.

Bocas que poner en movimiento dos veces al dia, sin exceptuar los feriados.....	17
Lavanderas.....	4
Zapateros.....	9
Sombrereros.....	4
Censos irredimibles.....	100
Intereses por hipotecas.....	100
Amigos necesitados.....	2000
Montepíos.....	6
Alimentos provisionales.....	2
Acreedores intransigentes.....	25
Id. de la deuda diferida.....	100

Total de pensionistas..... 2367

Con que ¿cuanto dan VV. por el Señor Director?

De cuanto hay en el mundo
De venerando,
Nada iguala un obispo
Que está... rezando.

Plagio.

—Muchacha, vete á la escuela.
—Mamita, tiempo perdido,
Ya la cosa está en candela
Y necesito marido.

Noticias.

Dicen que en Francia las viejas
Solo oyen por las orejas;
En el pueblo de Chilóé
Hay un ciego que no vé.

Se asegura que en Calcuta
Del árbol sale la fruta,
Y que en Zamora y Sevilla
De la flor sale semilla.

Dicen que en Andalucía
Está la nieve muy fría,
Y que en Roma el aguardiente
Casi emborracha á la gente.

Han escrito del Mogol
Que tiene manchas el sol,
Y que en la isla de Altuna
Se ve cuernos á la luna.

Se dá por cierto que en Ica
Sarna con gusto no pica,
Y que en la isla de Cuba
El vino se hace de uva.

Falb ha dicho que muy breve
Nos lleva Pedro Botero,
Puede ser que él se lo lleve,
A sus dominios, primero.

M. A. F.

Allá van.

Frenéticos aplausos
Los mozos daban,
Cuando Juanita Rosa
Con mucha gracia,
En la guitarra ó piano
Coplas cantaba.
¡Qué dulce voz! decían
¡Qué fresca y clara
¡Qué gorgoritos hace!
Es la muchacha
Un canario que tiene,
En su garganta
Un tesoro que arroba,
Que eleva el alma.

*Pero ya este canario
Deja su jaula,
Vive tosiendo y tose,
En viaje á Jauja.*

¡Qué talle tan esbelto!
¡Qué bella estampa!
¡Qué suave movimiento!
¡Qué aristocracia!
Si por donde ella cruza
Van las miradas,
¡Qué pié y qué taco! ¡oh cielo!
¡Qué airosa es Ana!
Tiene un cuerpo modelo
De la elegancia,
Es un busto divino,
Es una estatua
Es un cuerpo de diosa,
Es una hada.

*Pero ya esta simplona
Deja su jaula,
Vive tosiendo y tose,
En viaje á Jauja.*

La romántica Pepa
Que, desgraciada,
Solo come ya frutas,
Dulces ó pastas,
La carne la fastidia.
Qué repugnancia,
Lo mismo que ya el caldo
Se le atraganta,
Vive la pobrecita
Débil, delgada,
Pero es por que no come
Nada en sustancia,
Solo las golosinas
Fuera de casa.

*Pero ya la muy tonta
Deja su jaula
Vive tosiendo y tose
En viaje á Jauja.*

A todas las cantoras,
A las románticas,
A las que nada comen,
A las muchachas
Que se ajustan y duermen,
Por la mañana.
Bacalao, fierro, leche,
Y otras sustancias,
Les dá el médico siempre
Como vanguardia.
El mal sigue,
Y él sigue, con la tonada
A impedir que la tísís
Siga su marcha.

*Hasta mandar al punto
Dejar la jaula
Y que vayan tosiendo
En viaje á Jauja.*

V. M.

Muerte súbita.

Ayer la Señora Mónica
Sin llegar á la canícula,
Sintió tan fuerte calórico
Como en la estacion mas rjida;
Salió en talle *deshonestico*
Luciéndo hasta la clavícula,
Y metióse por el pórtico
De aquella tienda *Broggistica*:
Alli la vieja, bebióse
Algunas tizanas frjidas,
Que al punto el vientre elevósele
De una manera rarísima.
Vino al llamamiento el médico
Y con su esperiencia química,
Le largó al punto una pócima,
Que puso á la vieja lívida:
Volteó Monica los párpados
Trabósele la mandíbula,
Y sin confesion de clérigo
En poco tiempo fue víctima.
Con esta nieve sulfúrica
Dijo su comadre Brijida,
Se vuelven las jentes ánimas
De la manera mas frívola;
Mi comadre era colérica
Y su contestura física
Capaz de ayunar frenética
Toda la cuaresma rjida.
Para mi, muere de cólico,
Y aunque me llamen empírica

Con un buen emplasto sólido
Y soplandole tres jícaras
De manzanilla, el calórico
No permitiera que lívida,
Se hubiera puesto, hasta el término
De entregar su alma pacífica,
Y ponerse ante el santísimo
Por beber bebidas frjidas.

Una carta á la minuta.

Y Á MAS SU CONTESTACION.

Desde el dia que nos vimos
Y le hablé á V. de mi amor,
Han pasado ya seis dias
Sin tener contestacion.
Hoy prorrogo á V. el plazo
Y contando desde hoy,
Le doy un mes perentorio
Para decir si ó nó.
Yo soy conciso en mis tratos
De llaneza y precision,
Y aunque su cara no es cosa
Ni su cuerpo de lo peor,
Que me caso con V.
Solo le aseguro yo.

No me hallo tan apurada
Le doy por contestacion,
Que esto de matrimoniarse
Es cosa que causa horror.
Aunque viuda, con ocho hijos,
Y sin tener un doblon,
Sin casa, ropa ni espensa,
Pasando una vida atroz,
Con un chico con caracha,
Y el otro con sarampion,
Sin medicinas ni médico,
Yendo de limosna en pos;
Pensaré algo la propuesta
Que me hace V. de su amor,
Que no es cosa de apurarse
Y si lo es de reflexion.
Y con el tiempo y la calma
Y sin ir de mal en peor,
Consultaré con mi almohada
Si me late el corazon;
Y si veo que el asunto
Me es ventajoso, señor,
Despues de un año ó dos años
Contestaré sí ó nó.

V. M.

HOJAS DE COCA.

TOMO 2.º

Artículos húmedos.

De venta en la librería de Don Benito Gil, calle de Bodegonos.

Sumario.

¡Qué plagas!, MANUEL A. FUENTES. — Un título de Castilla (tradicion), RICARDO PALMA. — Una tarjeta de visita (tradicion), RICARDO PALMA. — A falta de pan, buenas son tortas, JULIO L. JAIMES. — Perfiles, RICARDO PALMA. — Los flacos, ELOY P. BUXÓ. — El Cuento de las uvas, ELOY P. BUXÓ. — Metamorfofis de un ente, MIGUEL A. DE LA LVMA. — El niño Pepito, V. MÉRIDA. — KALEIDOSCOPIO. — En una fonda. — Plagio, Noticias, etc., etc.

IMPRESA DEL ESTADO.